



alcanzan variedad infinita de calidades y color. Grises, azules, rojos, plateados... Último refinamiento del lujo, platinados también.

#### DEPORTE LUMINOSO: LA NIEVE

Bastan algunos centímetros de nieve para darle al paisaje un nuevo aspecto. E incluso para variar la idea que el hombre se forma del mundo. Simbolismos fáciles, tópicos eternos, belleza inmarchitable—porque marchita ya es barro y no es nieve—del invierno. Borrados todos los caminos, en lo alto de un picacho al cual sube la ventisca como una marea, cercado por árboles que clavan en el cielo sus ramas sin hojas, el hombre, frente a sí mismo, aturdido por aquel enorme silencio, descubre muy distinta su propia realidad.

Sin embargo, no parece que este entusiasmo por los deportes de nieve tenga mucho que ver con la pura filosofía. El frío en las alturas se aprovecha mejor para ejercitar y fortalecer los músculos que el pensamiento. Una juventud vigorosa se da al deporte con alegría puramente física. Por las marchas alpinistas y por el milagro de la radio, los más apartados rincones de la montaña se unen al mundo de la ciudad.

... En el mundo de la ciudad se aprovecha el frío con un sentido utilitario y comercial de la nieve. Deporte carísimo y que en cualquier rincón del mundo exige las mismas prendas, porque en esta rama de elegancias, las modas se someten a las imperiosas realidades de la congelación amenazadora. Inútil advertir que ninguna mujer descubriría seducción ni encanto en un deporte que no ofreciese ocasión de vestirse con cierta gracia cualquier especie de disfraz.

#### Y EN LA ESQUINA CALLEJERA...

... una mujeruca arrebuja en su mantón, estampa de hoy y de ayer, removiendo con su vieja paleta de hierro una plataforma agujereada sobre brasas, donde se churruscan y crujen las castañas:

—¡Asás y calentitas!

Vidas humildes y resignadas... Mínima industria del invierno. Pero las cifras de cualquier negocio tienen idéntica importancia en su valor proporcional. Un kilo de castañas vale 1,80. Un kilo de carbón, sin cribar, una peseta. Asadas y calentitas, suben la cotización y alcanza cada una su precio. Se venden a perra chica...

Hora tras hora, impasible a la ventolera de su esquina, la mujeruca atiza fuego, abre las castañas por la mitad, remueve y vigila la mercancía, cuida con esmero «su establecimiento». Elección del lugar, habilidad para superar competencias...

La castañera ha quedado como representante única de estas industrias invernales de tipo popular. Ha desaparecido devorada por los días aquella diminuta locomotora cuya chimenea lanzaba humo, chispas y carbonilla como las de verdad, y a cuyo cuidado atendía un hombre que voceaba pregones estridentes para una inofensiva mercancía:

—¡A las ricas chuletas de huerta! ¡A la rica chuleta, manutención del hombre! ¡A la rica chuleta, que no hay quien la mejore!...

Eran, simplemente, patatas asadas con sal. Pero aquel hombre se ha perdido, para que sólo, garantía del invierno madrileño, nos quede, en su esquina, la castañera.

